

## Testimonio personal

JOSÉ RUILOBA B.

En los últimos años de la Segunda Guerra Mundial, las Naciones Unidas fundaron una Organización cuyas siglas eran UNRRA: United Nations Relief and Rehabilitation Administration (Organización de las Naciones Unidas para la Liberación y Rehabilitación de las Personas Desplazadas por la Guerra).

El avance de los ejércitos aliados sobre Alemania desde que desembarcaron en diferentes lugares de la costa del Canal de la Mancha y del Mar del Norte fue dejando atrás muchos miles de personas, prisioneros de guerra, los que habían sido llevados a Holanda, Bélgica y Francia a realizar trabajos forzados en la construcción y reparación de carreteras, ferrocarriles, puertos y fábricas de material de guerra. Aquel mundo de gente no podía ser atendido por personal militar de los ejércitos aliados, pues su misión, obviamente, era seguir avanzando hacia Berlín y derrotar a los ejércitos del EJE. Fue ésta la razón por la que se fundó la UNRRA y para ello se invitó a los países aliados para que aportaran personal médico y administrativo.

Durante los primeros años de la guerra, yo había estado en Estados Unidos tomando un curso de medicina tropical en la Universidad de Tulane, posteriormente fui becado por el Departamento de Salubridad de Estados Unidos, a través de la Oficina Sanitaria Panamericana, en esa época tuve oportunidad de hacer amistad con el Dr. Herbert K. Abrams, quien fue después alto empleado de la UNRRA y quien estaba comisionado para el enrolamiento de médicos latinoamericanos que quisieran trabajar para dicha organización. Abrams me pidió le ayudara y fue así que se inscribieron 13 médicos mexicanos, entre ellos yo.

Llegamos a Washington el mes de junio de 1945 (el

armisticio en Europa se había firmado en mayo) ahí nos tuvieron un mes alojados como soldados en la Universidad de Maryland. En este periodo nos instruyeron acerca de la misión y organización de la UNRRA, nos daban clases de idiomas, además de proveernos de equipo y de la documentación necesaria. Parecía que íbamos al desierto y no a Europa, uniforme de oficial del Ejército Americano, uniforme de campaña, *sleeping bag*, abrigo, ropa interior para verano y para invierno, todo de color verde, vasijas, sartén, martillo, abrelatas, lámpara de baterías y utensilios de cocina, papel de baño, jabón, etc., además un pequeño botiquín muy bien surtido, en especial con vendas, vendoretas, aspirinas, sulfas y analgésicos (hasta morfina). Ya desde ese momento nos prohibieron usar ropa de civiles. Se nos entregó una credencial que nos acreditaba como Mayor Médico Militar, asimilados al Ejército de Estados Unidos, aunque sin mando militar y sin poder usar insignias militares, excepto un brazal de la UNRRA y los "Caduces" del cuerpo médico.

En Washington, el Dr. Abrams me invitó a ir con él a China, pues en Nanking había una epidemia de cólera y consideró que por mi especialidad y experiencia adquirida en los hospitales de contagiosos de Estados Unidos podría ser más útil en China que en Europa a donde había sido contratado.

De momento me pareció interesante su invitación, pero pensando que continuaba la guerra con los japoneses en el Pacífico, empecé a dudarle, a pesar de que aumentaban mis emolumentos, ofrecían enviarme por la India, etc. Entonces, llamé a mi madre a México para decirle que había cambiado de plan y que me iba a China. Me dijo que hiciera lo que yo juzgase conveniente, pero al día siguiente en la madrugada, me llamó



para decirme que si aún podía evitar ese viaje, me pedía que no lo hiciera. Total, llamé al Dr. Abrams y le dije que “decía mi mamá que siempre no”.

Después de un aburrido mes en Washington nos dieron la orden de salida. En Nueva York tomamos un barco, el Santa Rosa, adaptado para transporte de tropa, relativamente chico, ahí viajamos alrededor de 170 personas, de las cuales 60 ó 70 íbamos a trabajar para la UNRRA, tanto médicos como personal administrativo, el grupo más numeroso era el de los cubanos, también iban venezolanos y colombianos. El resto de los pasajeros eran norteamericanos que iban a trabajar para la CIA y otros servicios administrativos militares.

El viaje fue agradable, buena comida y salones con literas, a mí me dieron camarote con un coronel de la CIA. Por la noche se oscurecía todo y en cubierta nadie podía encender ni un cigarro, pues aseguraban que aún había submarinos alemanes a la caza de barcos aliados.

Al quinto día desembarcamos en Plymouth y de ahí nos transportaron por tren a Londres. Nos alojaron en un edificio de la Cruz Roja en el centro de la ciudad, nos dieron cupones de racionamiento, los cuales eran manejados estrictamente, podían ser usados en varios restaurantes habilitados para militares y civiles, pero nadie podía comprar nada extra de lo autorizado, aun ofreciendo dólares, lo cual nos dio una idea de la disciplina inglesa.

Ahí también estuvimos cerca de un mes y en las horas libres recorrimos la ciudad. Había zonas aún céntricas, totalmente destruidas por los bombardeos y los incendios causados por los aviones alemanes. Los museos y centros de atracción turística estaban abiertos al público, pero las principales obras históricas y artísticas aún permanecían almacenadas en los sótanos y refugios antiaéreos.

La población inglesa se veía triste, agresiva, mal vestida y había muchos pedigüños, en especial niños, inválidos y ancianos. Mostraban una marcada antipatía contra los soldados norteamericanos, probablemente porque éstos no carecían de nada, pues las tiendas de aprovisionamiento del ejército americano, a las cuales nosotros también teníamos acceso, los proveían de todo: ropa, comida, dulces, chocolates, bebidas, cigarrillos, etc. Los soldados norteamericanos al salir de estas tiendas se divertían lanzando dulces y chicles a cientos de niños y adultos desarrapados, que se estacionaban a recibir “limosna”, pero que la recogían como perros hambrientos, esto lo vi también en Francia, no

así en Alemania. Si alguno iba fumando en la calle, le seguían hasta que tiraba la colilla, la recogían, la desbarataban y la ponían en una cajita, para después hacer sus propios cigarrillos. En relación con esta antipatía, recuerdo que en una ocasión traté de ayudar a un ciego a cruzar la calle y en cuanto tocó mi uniforme del ejército americano, me rechazó y empezó a insultarme diciendo: “esos malditos ricos americanos, que se sentían dioses y salvadores de la humanidad”; traté de explicarle que yo era mexicano, pero no lo entendió o no quiso hacerlo.

Estando en Londres nos tocó el día VJ (victoria sobre Japón, o sea la rendición incondicional de los japoneses y el fin de la guerra). Fueron dos días de locura, todo Londres se lanzó a las calles a festejar (igual que cuando ganó México el fut, nada más que sin muertos). Lloraban, reían, se abrazaban, bebían, las mujeres bonitas y feas, jóvenes y viejas, se lanzaban a besos sobre los soldados, y por la noche había escenas de amor en todos los parques.

Como la estancia en Londres se prolongaba, decidí inscribirme en el dispensario que tenía la Cruz Roja; sin embargo, el trabajo consistió en curar rasguños y heridas ligeras y poner vendotes. Al fin, después de dos meses de estar en la UNRRA, nos dieron la orden de salida al continente europeo. Salimos por tren a Newhaven, atravesamos el Canal de la Mancha y desembarcamos en Dieppe. Ahí volvimos a tomar el tren lento, sucio y sobrecargado, que nos llevó a París, donde estuvimos cuatro horas, apenas vimos de lejos la Torre Eiffel, el Palacio de Versalles y la Escuela Militar de St. Cyr; nos regresaron a la costa francesa, junto a un pueblecito llamado Granville, en la península de Normandía, zona donde habían desembarcado las tropas aliadas en su invasión a Europa y donde la UNRRA tenía un Centro de Concentración y Distribución de su personal. Tanto de ida como de regreso de París, pudimos observar la destrucción tan terrible de ferrocarriles, carreteras, puentes y pueblos, ocasionada por los bombardeos aliados. Por todas partes se observaban cráteres ocasionados por las bombas. Era impresionante el material de guerra destruido y abandonado, tanques, camiones de transporte, de tropa, cañones, aviones, etc., tanto alemanes como de los ejércitos de invasión.

El campamento de Granville estaba situado a 25 kilómetros del pueblo, en un bosque lleno de árboles frutales, era como un remanso ante aquella desolación. Vivíamos en tiendas de campaña, dormíamos en el piso

dentro de los *sleeping bags*; comíamos bien y además conseguíamos uvas, manzanas y peras, también buen vino tierno francés, a veces una que otra botella de champagne; sin embargo, todo había que pagarlo en mercado negro y a precio de dólar. Para transitar de un lugar a otro, teníamos que hacerlo a través de unas veredas marcadas con cordones, pues el resto del campo no había sido totalmente revisado para extraer las minas que los alemanes habían sembrado por millones en toda esa zona de Francia.

Al igual que en Inglaterra, o quizá aún más, la gente se veía triste, miserable, descalza, mal vestida y hosca; también había pedigüños de todas edades, aunque menor número de inválidos. Ahí me tocó atender a 100 españoles refugiados, que venían de la Isla de Jersey rumbo a París que no podían regresar a España por la situación con Franco. No necesitaron ninguna atención especial, pues era gente de buen nivel cultural; fue mi primer contacto con personas desplazadas.

Al séptimo día de estancia en Granville recibí la orden de salida hacia Alemania, iba en un convoy de 12 camiones de transporte de tropa con 70 personas de la UNRRA. Uno de los camiones “estaba adaptado” como carro hospital, como dos catres, uno para algún enfermo especial y el otro para mí: llevaba mi botiquín de urgencias y algunas otras medicinas que me proporcionaron en Granville. Todo el equipo, tanto aquí como el que posteriormente usamos en Alemania, provenía de Estados Unidos. Nada me hizo falta y no tuvimos ningún incidente importante que lamentar.

Hicimos cinco días de un viaje lento, con jornadas de 6 a 7 h, por caminos semidestruidos y cruzando los ríos en puentes sobre barcazas. En la primera etapa llegamos a Novacourt, la segunda Chateaux-Thierry junto a un campo de prisioneros de guerra alemanes; ahí pude observar el buen trato que se les daba, se les veía bien nutridos, haciendo juegos deportivos etc.; en este mismo lugar había un cuartel del ejército americano con más de 20,000 soldados que estaban esperando ser repatriados. De ahí seguimos a Metz pasando por la parte sur de la línea Sigriffied, llena de cajas de píldoras para cañones y ametralladoras, la cual no fue destruida por lo inútil para la defensa; al fin del quinto día llegamos a Karlsruhe. Desde que entramos a territorio alemán pude observar a la gente mejor nutrida, bien vestida, en contraste con lo observado en Francia. Los pueblos estaban limpios a pesar de estar arrasados hasta el suelo. La gente trabajaba en los campos, la mayoría mujeres, debido seguramente a que los alemanes

no habían padecido hambre y habían acumulado riqueza durante el dominio nazi.

En ocasiones posteriores, visité unas bodegas subterráneas, construidas con gruesos techos y paredes de concreto armado, entré a una de más de un kilómetro de largo, en ella había rollos de telas de 4 y 5 metros de diámetro por cientos; había otra donde nos surtíamos de carbón para mis campamentos de personas desplazadas, también enorme, y con toneladas de carbón.

Karlsruhe y Francfort fueron de las ciudades más destruidas que pude ver, difícilmente había una casa en pie, las calles que habían sido libradas de escombros parecían caminos entre rocas, había lugares en que los camiones en que viajábamos tenían que cambiar de ruta por la estrechez de la calle. Un día, yendo a las oficinas de la UNRRA en un tranvía, de los poquísimos que circulaban, nos empezaron a balear desde las ruinas. Yo, muy valiente, me tiré al piso. Rápidamente aparecieron elementos de la policía militar y capturaron a dos jóvenes, de las juventudes de Hitler, que actuaban como francotiradores y que no creían en el fin de la guerra.

En esta ciudad de Karlsruhe recibí informes desalentadores en cuanto a mi futuro trabajo, me asignaron al *Team No. 51* en Korvach, cerca de Kassel que está en el centro geográfico de Alemania. Me decían que ahí, tanto el director como el médico a quienes íbamos a sustituir, habían renunciado por falta de recursos y dificultad para organizar a las personas desplazadas. Total, un panorama desolador que después confirmé que era falso.

En esta ciudad nos alojaron en un cuartel, fuera de la ciudad que había pertenecido a las “Jung de Hitler” las juventudes hitlerianas. Era un lugar de lujo para 500 personas, como cuartos para dos y cuatro personas, excelentes baños de regadera, pisos de mármol, salones de juego, gimnasio, un amplísimo comedor y una cocina tan buena o mejor que la de los hoteles de la época; desgraciadamente sólo lo viví tres días, pues salí a mi destino final.

Nos dieron la orden de salir a Korbach a hacernos cargo del *Team No. 51*, íbamos el director, un coronel del ejército americano, Mr. Whittmann, un exteniente también del ejército americano, como *supply officer*, y yo como *medical officer*.

Korbach era un pueblo como de 6,000 a 7,000 habitantes, agradable, limpio y no destruido, excepto una gran fábrica de llantas y una de zapatos, ésta en reconstrucción. Además, había un hospital pequeño,

manejado por médicos alemanes, al cual podía solicitar atención de enfermos graves.

El *team* estaba formado por el director ya mencionado, una deputy director (una joven francesa lista y guapa), una welfare officer (americana de unos 40 años, capaz, pero muy hablantina), una welfare assistant (francesa y simpática), una messing officer (francesa, encargada de nuestra alimentación y bajo mi supervisión la de los DP's), una transportation officer (francesa y simpática), una enfermera (americana del Departamento de Salubridad de Estados Unidos, joven y agradable), tres choferes, dos de origen belga y un holandés. Sin embargo, éste era el equipo original, pero con frecuencia eran cambiados a otros sitios y sus sustitutos llegaban de diferentes nacionalidades.

Al llegar, encontramos que había cierta pugna entre europeos y americanos. Las francesitas formaban "un gang" que junto con los otros europeos hacían mercado negro con los aprovisionamientos que nos enviaban de Estados Unidos, lo cual creaba una pésima impresión entre los americanos y, según rumores, esto sucedía en toda Europa. Los alemanes se portaban mejor, quizá debido a la estricta disciplina en que fueron educados y a la rigurosa vigilancia de los gobiernos aliados en Alemania.

Nuestro *team* tenía a su cargo 3,500 DP's 80% de ellos eran polacos, pero tenían además lituanos, latvianos, yugoslavos, ucranianos, judíos y algunos holandeses. Estaban alejados en cinco campos, todos ellos en el Distrito de Waldeck.

El campo más populoso se llamaba Conti, estaba a 3 kilómetros, extenso y cercado con alambradas, en él residían alrededor de 1,500 polacos, 60% hombres y 15% niños. Se alojaban en unos edificios como bodegas, donde habían vivido durante la guerra obligados a trabajos forzados. Los edificios estaban semiabandonados, sucios, puertas y ventanas semidestruídas. Había sanitarios y regaderas en las cabeceras de esos galerones, pero en pésimas condiciones. Tenían agua potable, lavaderos y una cocina común que no usaban.

En los sótanos, a los que solamente se podía entrar a gatas, había ratas y posteriormente descubrí que ahí tenían destiladoras para fabricar alcohol con las papas que les dábamos para su alimentación. Los alrededores de los edificios estaban llenos de basura y desperdicios, los alemanes tenían la obligación de pasar a recogerla dos veces por semana, pero con frecuencia no la hacían.

Había una enorme promiscuidad, la que posteriormente fui corrigiendo a base de separar familias, muje-

res y hombres en diferentes edificios, además de que dividimos los galerones en cuartos.

El pueblo de Korbach estaba dirigido por un destacamento del ejército de ocupación americano y por un alcalde, alemán no nazi y elegido por el gobierno militar. En los campos poco a poco fuimos reorganizando la disciplina y la seguridad, mediante el nombramiento de comandantes y policías elegidos por los propios refugiados, quienes, además, hacían vigilancia y guardia nocturna, debido a que con frecuencia se nos escapaban los propios refugiados quienes salían a asaltar casas de alemanes y, en ocasiones, incluso mataron a varios de ellos en riñas de borrachos o por venganza.

Los primeros meses de mi estancia, el Gobierno Civil alemán tenía la obligación de proveer de alimentos a los DP's, así como vigilar por su bienestar. Sin embargo, como yo no tenía mando militar me costaba trabajo obligarlos a servir. En una ocasión fui a ver al alcalde para solicitar el arreglo de una bomba, al llegar se puso de pie y me saludó militarmente al estilo alemán, pero en cuanto vio que yo no llevaba insignias de mando, volvió a sentarse y a darme mil pretextos para no hacerlo. Le hablé "golpeado" y le dije que lo acusaría con el Gobierno Militar, inmediatamente se puso de pie y dio órdenes para que de inmediato se hiciera la reparación. Posteriormente me sucedió algo semejante con un enfermo de apendicitis aguda que llevé al hospital, el médico de guardia se negaba a recibirlo, pasé furioso a la dirección y le ordené al director que debían obedecerme, lo hicieron de inmediato y fue bien atendido. Después me conquisté a todos los médicos del hospital, pues les ayudaba con medicamentos y material quirúrgico.

De acuerdo con las reglas de la UNRRA, no podíamos obligar a los DP's a trabajar, además, a mi llegada me veían como un oficial nazi. Poco a poco los fui conquistando y logré una armonía perfecta, repararon los edificios, limpiaron la zona, vigilaban que no se tirara basura y que no se desperdiciaran alimentos. Eran muy pocos los que querían regresar a su país, pues ahí tenían casa y comida sin trabajar.

A los dos meses de mi estancia, se cambió el sistema de aprovisionamiento de alimentos, pues se consideró que se acercaba el invierno y que los alemanes lo necesitarían. La Cruz Roja nos mandaba las raciones de 2,400 calorías con algo extra para embarazadas y trabajadores. Este cambio originó mayor vigilancia de las habitaciones, pues escondían bajo sus camas y colchones o en los sótanos restos de comida para que no les faltase al día siguiente, pues como habían vivido con

dietas de hambre durante la guerra, no valoraban la abundancia que recibían y, por supuesto, estos desperdicios eran cultivo de ratas, moscas y otros bichos.

En el campo de Arolsen, a 28 kilómetros de Korbach, se alojaban alrededor de 450 DP's en un antiguo castillo reconstruido; era de esos que se ven muy bonitos en las tarjetas postales, pero con malas condiciones sanitarias, sombrío, húmedo, con lavabos y retretes cada dos pisos, a los que con frecuencia no llegaban el agua de las bombas. Los baños estaban hasta el piso bajo, a su alrededor se utilizaban algunas casas incautadas a los alemanes. Estos refugiados procedían de Yugoslavia, Ucrania y de los Países Bálticos: Estonia, Letonia y Lituania, con un nivel de vida superior al de los polacos, con buena higiene personal y habitacional y con deseos de mejorar.

Al igual que entre los polacos, había pintores, músicos, un doctor, maestros, etc., era el lugar que menos problema me ocasionaba, rara vez tuve necesidad de desinfectarlos con polvo de DDT.

Otro campo estaba situado en Landau, por otro rumbo del anterior, a 30 kilómetros de Korbach. El edificio principal era también un viejo castillo sobre una pequeña colina, muy bonito de lejos, pero muy deteriorado, también se utilizaban algunas casas incautadas a los alemanes. Era el segundo campo en población, la mayoría polacos y como ya dije, más negligentes; aunque luego logré muy buena cooperación. Había también algunos judíos.

Por un periodo corto tuvimos también un campo en Bad-Wildungen, pero pronto desapareció pues lo concentramos en los otros sitios. Los caminos para llegar a ellos no eran las preciosas "autobahn" hechas de concreto de cuatro y seis carriles; lo único dañado eran los puentes y sobre los cuales se podía correr a la velocidad que diera el automóvil. Por lo contrario transitábamos por caminos vecinales, no malos, cruzando pequeñas colinas y bosques que en el invierno se cubrían de nieve hasta de un metro de altura, lo cual era un gran problema, ya que mis transportes bastante deteriorados, o no pasaban o tardaban horas en ir de un campo a otro.

En cada campo instalamos una escuela, entre los polacos había hasta 20% de analfabetos; sin embargo, había profesores capaces, uno de ellos fue jefe de educación en un Distrito de Polonia. Las escuelas resultaron ser todo un éxito, obligábamos a asistir a niños hasta de 14 años y acabaron por hacerlo con gusto. En las tardes se les enseñaban deportes, en ocasiones yo competía con ellos, a las niñas se les daban clases de costura y religión. Cada 15 días les hacía un

breve examen médico o vacunación, me recibían con gusto. Tuvimos nada más un caso de difteria, que evolucionó satisfactoriamente.

En octubre enviamos el primer convoy de refugiados a un país, Polonia. Con ello creía aliviar nuestro trabajo, pero los jefes de la UNRRA nos enviaron 400 ucranianos, según ellos porque nuestro *team* era el mejor organizado. Cada grupo que llegaba o salía tenía que ser revisado médicamente. Ya para entonces habíamos instalado un dispensario en cada campo con enfermeras y médicos refugiados. Uno de ellos no trabajaba y era complicado, por lo que lo destituí y en la primera oportunidad lo enviamos a otro *team*. En esa época iniciamos un registro individual a cada uno de los refugiados, les hacíamos un examen médico general y les llevábamos una tarjeta tipo kardex, en ella se registraba su ficha de identificación, vacunación, estado nutricional, peso, estatura, etc., antecedentes patológicos y hasta de comportamiento. Fue una labor tremenda, pues todo el trabajo lo hacíamos mi médico asistente y yo. Fue una labor de varias semanas, lo logramos y nos sentimos orgullosos, más aún cuando llegaban visitantes de la UNRRA o del ejército de ocupación y les mostrábamos nuestra organización nos felicitaban. En una ocasión pasó por ahí el General Montgomery, acompañado del Director General de la UNRRA, el General Morgan.

Conseguí que fuera un equipo de rayos X de la Cruz Roja francesa que ofrecía sus servicios; a todos los habitantes de los campos los llevamos al Campo de Korbach, se les hizo un examen fluoroscópico del tórax y radiografías cuando era necesario. Fue también una labor de muchos días; logramos confirmar a cinco tuberculosos activos a quienes ya teníamos aislados con anterioridad.

En una casa vieja y abandonada en el área del Campo de Korbach, logré instalar un hospitalito; anduve detrás de los comandantes de los campos, regalándoles cigarrillos y chocolates y exigiéndoles trabajadores. En menos de un mes acondicionamos aquello con 10 camas en 4 cuartos, además, un cuarto de curaciones limpio y recién pintado. Lo atendían bajo mi vigilancia un médico polaco y dos enfermeras refugiadas.

Como necesitábamos equipo, a sugerencia de la enfermera americana buena para estos menesteres, fuimos ella, el Dr. Pramonoff, mi inseparable médico y excelente colaborador, ayudante e intérprete, hablaba cuatro idiomas, entre ellos el alemán, era de ascendencia rusa, y yo a un depósito del ejército americano

situado a 50 kilómetros de nuestra base. Pues bien, llegamos al depósito con una ambulancia toda destaralada que nos acababa de enviar la UNRRA y platicando de nuestras necesidades con el sargento que cuidaba aquello, nos dijo: “hay más de 100 ambulancias en esa fila, escojan la que les guste, nada más que dejen la suya bien alineada para que no se note”. Después nos pasó a una bodega donde tenían material quirúrgico en cantidades increíbles, nos dijo: “súrtanse pero no lo platicuen”; obviamente sacamos pinzas, espejos, bisturís, vasijas, orinales, un esterilizador y hasta una mesa de curaciones; todo lo subimos a la ambulancia y tuve un hospitalito bien equipado.

En él aislábamos enfermos contagiosos, niños con rubéola, escarlatina, uno de difteria, sarampión, etc., y se atendían partos por el médico polaco. El material de curación nos lo mandaba UNRRA o, bien, también se lo sonsacábamos al Gobierno Militar.

En ese viaje al depósito me impresionó la cantidad de material de guerra ahí abandonado, había kilómetros de transportes, alineados en dos o tres filas, jeeps, carros comando, tanques y aviones descabezados y miles de bidones para gasolina. Esta abundancia que enviaron los americanos obviamente contribuyó en mucho a la derrota de los nazis. Posteriormente los distribuyeron a los países liberados.

Las campañas de vacunación consistían en vacuna antidiftérica, antivariolosa y antitífica (ésta elaborada con la técnica del Maestro Ruiz Castañeda).

La desparasitación la hacíamos de una manera cruel, casi al estilo nazi, usábamos unas bombas pulverizadoras que tenían un tubo de un metro de largo y en la punta una especie de rociador. Lo hacíamos periódicamente, en especial en el invierno y a los recién llegados o a los que repatriábamos. Les aplicábamos DDT en sus camas, en sus guardarrupas y a las personas debajo de sus ropas, por las mangas, pantalones y faldas. Obviamente, al principio me maldecían, pero poco a poco los fui convenciendo que era por su bien. En una ocasión me hice famoso porque llegó una remesa de refugiados muy desaseados y entre ellos venía uno con síntomas de tifo. Rápidamente enviamos sangre al laboratorio del ejército para su confirmación, pero sin esperar más, organicé a mi equipo de expertos y cada quien con una bomba pulverizadora empezamos a polvear a todo mundo.

Esto fue en el campo principal de 1,800 habitantes, tardamos 10 horas, fue en la noche, para que no se nos escapara nadie y si había por ahí un piojo, murió patas para arriba. Este hecho me dio mucha publicidad, en la

UNRRA y hasta en México, los periódicos dijeron que yo era un héroe porque había detenido una epidemia de tifo. Posteriormente se confirmó mi diagnóstico. La gente del campo me felicitó a pesar de la tremenda polveada que les había ocasionado. Unos años después se descubrieron los daños que ocasionaba el DDT, pero creo que fue extraordinariamente valioso.

A los dos meses, en octubre, nos cambiaron de director y enviaron a un australiano, chocante y presumido, que no hablaba más que de sí mismo, de las maravillas de su tierra y que quería interferir en todas las actividades, incluyendo las mías.

En esa época se agudizaron las pugnas entre las francesas y el resto del *team*, en especial el *supply officer* americano, fueron llamados al cuartel general de la UNRRA e injustificadamente triunfaron las francesitas. Con estas niñas sucedía algo curioso, coqueteaban con los oficiales del ejército, según ellas habían sido de la resistencia francesa de Gaulle, pero nunca llegaban a mayores, lo cual me extrañaba, hasta que un día, como mi cuarto era contiguo al de ellas, descubrí que por la noche tenían unas bacanales en las que se agasajaban mutuamente, dirigidas por la líder, quien era la más guapa, por lo que nada les hacía falta.

Ya para entonces mis trabajos estaban en completo orden, los refugiados en perfecto estado nutricional y de salud, y mi amistad con ellos era excelente, me invitaban a todas sus fiestas y con frecuencia a comer de sus raciones.

En esos días llegó un sacerdote polaco que había estado en un campo de prisioneros alemanes, cerca de Munich, hablaba muy bien francés y algo de italiano. Los horrores que me platicaba parecían increíbles, a él lo habían utilizado como animal de experimentación, le inocularon paludismo en varias ocasiones y algunas otras cosas que no supo qué eran, pero cada vez le tatuaban una marca, las que me mostró en los brazos y el tórax. Dice que los tenían a ración de hambre, que a él le tocó ver prisioneros rusos comiendo carne humana y a los alemanes despellejar cadáveres para utilizar su piel. Que hubo una epidemia de tifo y que en 10 días enviaron 17,000 prisioneros a las cámaras de gas.

Por otra parte, en una ocasión platicando con un médico americano que venía de Berlín, ya después de la derrota de los nazis, me contó las atrocidades de los rusos en venganza de los alemanes, el saqueo, las violaciones y la forma salvaje como actuaban. En relación con estos señores, de vez en cuando nos llegaban oficiales del Ejército Ruso en busca de colaboracionistas de los nazis y traían sus listas. Una de tantas ocasiones,

un refugiado nuestro, del cual supe que andaban en su busca, se abrió las venas antes de que se lo llevaran, pero lo salvamos de la muerte y de los rusos.

La llegada del sacerdote contribuyó a mejorar aún más el comportamiento de los refugiados, en una semana le instalaron una iglesita con todo lo necesario, imágenes, altar, ropas para el culto, etc. Había un grupo de mujeres de la vida galante y de inmediato nos solicitaron que fuesen trasladadas a otro campo, lo cual yo no había logrado. A este respecto y a pesar de la promiscuidad existente, tuve pocos problemas de enfermedades venéreas. Ahí empecé a usar penicilina, la que me proveían con cuantagotas y en frascos de 10,000 unidades mis amigos del Gobierno Militar.

En marzo se reanudó la repatriación y en abril decidí acompañar un convoy que iba a Polonia con cerca de 400 personas. Ya para entonces todos los trenes llevaban un destacamento militar del ejército de Estados Unidos, pues era la única forma de recuperar los carros y las máquinas, de lo contrario, se lo quedaban los rusos que ocupaban la zona fronteriza con Polonia y Polonia misma.

Nuestro convoy constaba de alrededor de 40 carros de carga, dos carros para el destacamento, compuesto por un teniente y 12 soldados; a mitad del tren un carro hospital, con la insignia de la Cruz Roja, enseguida un carro cocina para servir alimentos calientes y uno más como carro bodega, con raciones en paquetes de la Cruz Roja del Ejército. El carro hospital tenía dos catres, uno para algún enfermo que requiriera atención especial y otro para mí.

A todos les había hecho un examen previo y una empolvadita de DDT. Dormían en el suelo sobre paja a manera de camas. El viaje fue lento por el mal estado de las vías férreas y porque tuvimos que rodear la zona de ocupación rusa. A la hora de las comidas, se detenía el tren en pleno campo para que las personas bajasen a cumplir con sus funciones fisiológicas y para darles su ración de comida caliente en el carro cocina, la que consistía en sopa de papa con algunas verduras y un poco de carne, luego pasaban al otro carro y ahí recibían sus raciones. Cada carro llevaba un tanque de agua que yo me encargaba que estuviese protegido y clorinado. El viaje de ida duró seis días, los pasajes, bosques, praderas, etc. eran preciosos, lo que los hacía olvidar los sufrimientos y miserias que habían padecido las gentes que llevábamos, muchos estaban ansiosos de volver a sus hogares, pero otros no sabían el destino que les esperaba. Gran parte del viaje lo hice platicando de mil anécdotas con el teniente que iba al mando del

convoy. Pasamos por Nurenberg, Pilzen y Prag. Llegamos a un pueblecito de la frontera con Polonia, Mitelwahde, al sur del país, y ahí empezaron los encargados de recibir a nuestra gente a registrarlos, lo cual tomó día y medio, pues hasta los interrogaban si habían sido colaboracionistas de los nazis, dónde habían estado, etc. Había escenas conmovedoras, gente llorando, cantando, abrazándose, etc.

Ahí nos sucedieron dos hechos curiosos, estando sentados el teniente y yo en la puerta de mi carro hospital, de repente el teniente saltó y de un matorral que teníamos en frente sacó del cuello a un fulano que nos había estado espiando y escuchando nuestra conversación. Llamó al jefe de la estación y resultó que era un espía ruso que, además, al forzarlo, habló inglés, no sé que fin tendría. Un rato después llegó el mismo jefe de la estación a la carrera y a urgirnos que nos escondiésemos porque en un momento más iba a pasar un tren de abastecimiento ruso y que era muy peligroso que viesan a militares con uniforme americano, pues en las azoteas de los carros iban los soldados con ametralladoras y que al pasar por los pueblos empezaban a disparar y no querían que hubiese un conflicto con el ejército americano. Así fue, pasó aquel tren con soldados borrachos disparando al aire. Terminamos nuestra misión y al día siguiente regresamos vacíos hasta Praga, donde de nuevo nos llenaron los carros con refugiados, principalmente judíos, quienes regresaban a sus casas en Alemania. La mayoría era gente vieja, desnutridos y algunos enfermos, esta vez los que se encargaron de llenar los carros eran rusos y clavaron tablones en el interior de las puertas de los carros para que nadie pudiese salir. Aquí también tuvimos un detalle digno de comentar, salimos el teniente y yo a pasear por Praga, pues estuvimos tres días en esa estación; en una calle se nos acercó un periodista judío-americano que andaba en busca de su madre y a quien le había dicho que iba en nuestro convoy, nos pidió que le permitiéramos ir a saludarla y previa identificación aceptamos que nos acompañase. Al llegar los guardias rusos que cuidaban la estación no permitían que pasara el periodista, el teniente explicó a un oficial ruso que más o menos hablaba inglés, que teníamos derecho a que pasara, porque esa zona de la estación estaba resguardada por americanos. Total, el teniente dijo: "pasa porque yo lo ordeno", entonces el oficial ruso ordenó a sus soldados del resguardo que nos impedirían la entrada. Se pusieron cinco soldados rusos rodilla en tierra apuntándonos con sus fusiles, en ese momento el teniente dio un silbido especial y se dejaron venir

varios soldados del destacamento del tren, también con sus armas en ristre. Quedamos en medio de ambos grupos, yo, como hombre valiente, tragando saliva, tiemblo y tiemblo. Al fin, el oficial ruso se asustó y autorizó que pasáramos, pero escoltados por ellos mismos. Encontramos a la madre del periodista, la señora no pudo bajar del carro y a través de las rejas se saludaron y platicaron un rato, estando nosotros presentes.

Regresamos a Kassel, pero antes en el camino les quitamos las rejas a las puertas y fuimos distribuyendo algunos de los pasajeros en los pueblos a donde querían ir.

Ya para entonces tenía prácticamente un año de estar trabajando para la UNRRA y como nuestros DP's estaban bien organizados, solicité mis vacaciones a las que tenía derecho con pago para viajes. Fui a París a la costa del Mediterráneo en Francia, iba acompañado del Dr. Armando Porras, quien tenía un campo relativamente cerca del mío. Antes nos escapamos tres días a Colonia. Estos viajes eran incómodos en cuanto al transporte, pues los trenes iban atestados de pasajeros. En cambio, los alojamientos eran excelentes, pues llegábamos a los hoteles para la oficialidad americana, así como a sus clubes de diversión a todo lujo. Sobraban las bebidas y las damiselas.

Después tuve la oportunidad de ir a Copenhague y Estocolmo pasando por Bremen.

Aunque tenía temporadas de un trabajo tremendo de Sol a Sol, otras podía darme mis agasajos, teníamos reuniones con los militares en nuestra casa en Korbach, algunos que venían de Kassel y otros alrededores, sobre todo por el atractivo de las francesitas. También asistí los fines de semana a varios clubes de oficiales del ejército americano, era muy bien recibido, sobre todo porque traía un brazal que decía México y con eso me agasajaban en grande.

En esas giras vacacionales, independientemente de las maravillas artísticas, arquitectónicas y culturales que conocí por primera vez, me impresionó, sobre todo en Alemania, la rapidez de reconstrucción de un país que había sido arrasado hasta sus cimientos; en gran parte debido al Plan Marshall de ayuda económica de los norteamericanos. Francia empezaba a ser lo maravilloso de siempre. De regreso a nuestro *team*, me encontré con que la UNRRA había intensificado las repatriaciones y que nuestro *team* había aumentado en personal y disminuido en refugiados, quedaban alrededor de 2000. La organización médica continuaba en perfecto funcionamiento.

Me olvidaba mencionar otro hecho digno de ser relatado, en una ocasión nos llegaron enviadas por la UNRRA, directamente de Estados Unidos, unas pacas de ropa usada y unas cajas con alfileres de seguridad para los pañales de nuestros niños. Al abrirlas con gran entusiasmo, de las enormes pacas de ropa, no había más que puros hilachos inservibles y de las cajas de alfileres de seguridad que eran no menos de 50, todo era pedacería, no había uno entero. En esos días nos informaron que llegaría más aprovisionamiento en barco, éste llegó a Nápoles o Sicilia en Italia y aunque parezca increíble, fue saqueado totalmente y no se recuperó nada. Pensé que “en todas partes se cuecen habas”.

En junio, a mi regreso de vacaciones, organizamos una competencia deportiva en Arolsen, invitamos a 12 *teams* de la zona americana, en la que se reunieron 600 deportistas de todas las edades. Fue todo un éxito y nos felicitaron los altos jefes de la UNRRA y del ejército. Mi trabajo médico en esta justa fue curar raspones y revivir a un boxeador de un knock-out que le habían dado.

En esos días de finales de junio solicité mi renuncia para regresar a México. Corrió la voz de mi futuro regreso y empezaron tanto los jefes de la UNRRA como mis refugiados a pedirme que me quedara hasta noviembre, fecha en que se tenía planeado repatriar a nuestras gentes y cerrar los campos.

Nuestro servicio médico trabajaba a la perfección, ya mi presencia no era indispensable, pues las enfermeras tanto de la UNRRA como las refugiadas y en especial mi médico asistente, el doctor Paramonoff, manejaban todo de maravilla. Además, ya estaba un tanto aburrido de la rutina y tenía miedo de que mi novia se cansara de esperarme en México y me diera calabazas.

Los trámites para aceptar mi renuncia tardarían más de un mes. Y fue así como principiaron las despedidas y manifestaciones de afecto de todos los 2,000 refugiados que aún permanecían en nuestros campos. A diario me llevaban flores y regalos de todo tipo, los niños me cantaban el *Cielito lindo* en español y me daban mañanitas. Organizaron fiestas de despedida en cada uno de los campos con bailes folklóricos y banquetes. En todos lados colocaban letreros en español de “Viva el Dr. Ruiloba, Viva México” y “Viva la Virgen de Guadalupe”. En el fondo instalaron un altar donde mi amigo el sacerdote dijo una misa.

Al llegar a aquel lugar me recibieron de nuevo con el *Cielito lindo* cantado a coro por las 2,000 gentes que



ahí estaban, los niños llevaban banderitas y flores y formaban una valla. Con lo llorón que soy, desde que entré acompañado por los miembros del *team* y los comandantes de los campos, perdí un litro de lágrimas. Después de la misa, empezaron los discursos del director y de algunos refugiados, uno de ellos, el que había sido director de educación en Polonia, juró que a su regreso yo diera por seguro que en todas las escuelas bajo su control se enseñaría lo que es México de manera obligatoria y permanente. El sacerdote habló colmándome de bendiciones, lo hizo en francés y en polaco. Publicaron un pequeño boletín con mi biografía colmándome de elogios. Después vinieron los regalos, flores, dibujos, pinturas, platos de madera labrados por ellos, toallitas bordadas, mantelitos, etc. Aquello fue algo nunca esperado, pues jamás pensé haberme conquistado el cariño de toda esa gente en una forma tan grande.

Llegó mi autorización de viaje y en Kassel tomé el tren rumbo a París, ahí estuve cinco días ya liberado de tanta emoción. Me enviaron al puerto de La Palice, contiguo a La Rochelle. Abordamos un barco de carga, el *George Walther* de los Liberty Ships, de 80 metros de largo que por desgracia regresaba vacío. Ibamos nueve pasajeros, de los cuales cuatro eran de la UNRRA. El

barco brincaba más que un caballo bronco, al entrar al Golfo de Vizcaya, famoso por lo agitado que está siempre, nos tocó, para colmo de males, una tormenta. Como era de esperarse en un hombre de mar como soy yo, a las dos horas empecé a maldecir a la UNRRA que me mandaba en esa lancha y a jurar no volverme a subir en una cáscara de ese tamaño. Por supuesto, alimenté a los pescaditos durante dos días. Al fin entramos a mar tranquilo o quizá ya era yo un avanzado marinero, todo continuó en calma.

El capitán me prestó libros y leía todo lo que encontraba. Íbamos rumbo a Nueva York, pero al décimo día de viaje dieron orden de desviar la ruta a Nueva Orleans, lo que nos retrasó la llegada ocho días más, hicimos 18 días. Sin embargo, la buena comida y la poca actividad me sirvieron para recuperar cuatro kilogramos de peso de los ocho que había perdido en Alemania. En Nueva Orleans visité a mis antiguas amistades, salí para Washington en tren y ahí estuve cuatro días arreglando mi liquidación y transportación.

Al fin llegué a México, toda mi familia me esperaba, comenzando por mi madre en perfectas condiciones y ansiosa de que les platicara mis experiencias. Mi novia, actual mujer, resistió mi ausencia de 14 meses y todo tuvo un final feliz como en las películas gringas.